

CAPITULO IX

LOS GRANDES VIAJES. — FONTENELLE. — *Conversaciones sobre la Pluralidad de Mundos.* — ASTRONOMIA DE LAS DAMAS. — VIAJE AL MUNDO DE DESCARTES. — HUYGENS : *Cosmothéoros ó Conjeturas sobre las Tierras celestes y sus habitantes.*

(1686 - 1698)

FONTENELLE. — *Conversaciones sobre la Pluralidad de Mundos.* — 1686.

De todos los asuntos tocados por el sobrino de Cornelle, ciencia, historia, elogios académicos, teatro, poesías, novelas, objetos varios y numerosos, cuya reunion forma los once volúmenes de la edicion completa de 1767, el encantador librito de la *Pluralidad de Mundos* es el único, se ha dicho, que ha sobrevivido para salvar en lo venidero la reputacion de su autor. ¡Cuántos escritores envidiarían esta herencia! ¡cuántos han desaparecido sin dejar el mas mediano opúsculo que fuera digno de la atencion de los hombres! ¡cuántos no han debido su gloria pasajera sino á la complacencia ó á la frivolidad de los periodistas de su tiempo! El libro de Fontenelle ha quedado; despues ha personi-

ficado á su autor á los ojos de la posteridad... tambien ha personificado durante mucho tiempo la cuestion misma de la Pluralidad de Mundos, y las demas obras escritas sobre este asunto se han visto oscurecidas por el brillo de esta.

A pesar de las raras excepciones, que coronan con éxito feliz un libro sin mérito, la observacion manifiesta que en general son los mejores libros los que duran mas tiempo, y que no se concede verdadera celebridad sino á los trabajos dignos de tal recompensa. Pero el libro de Fontenelle, por mas frívolo que parezca, merecia el éxito que ha obtenido, no solo en Francia, donde áun en nuestros dias su lectura es agradable é instructiva, sino tambien en las naciones extranjerás que han hecho traducciones de él. El autor mismo ha podido gozar por mucho tiempo de su éxito; se sabe que el brillante secretario de la Academia vivió justamente un siglo (1657-1757): pudo oír por mas de setenta años el ruido que se continuaba alrededor de su libro en la buena sociedad de la regencia. Aunque, segun su propia afirmacion, jamas sintiera latir su corazon de entusiasmo y de amor, aunque no haya tomado nunca por lo serio ningun sentimiento, ninguna obra, ninguna verdad, ningun principio; aunque haya podido decir él mismo, á la edad de noventa y ocho años, que nunca habia reido ni llorado, y que como verdadero Normando que era, si hubiese tenido las manos llenas de verdades, se hubiera guardado mucho de abrirlas, contaba sin embargo gran número de amigos, y de los mas poderosos. El regente gustaba en particular de su talento. Refiérese de él esta proposicion: « Señor de Fontenelle, ¿quereis habitar en el Palacio Real? *Un hombre que ha escrito la Pluralidad de Mundos, debe habitar en un palacio.* — Príncipe, el sabio ocupa poco sitio y no lo varía; *no obstante* mañana vendré á habitar el Palacio Real con armas y bagajes, es decir con mis habuchas y mi gorro de dormir. » Desde entónces habitó el Palacio. Allí escribió sus *Elementos de la geometría del infinito*, del que decia: « Es un libro que no puede ser entendido sino por siete ú

ocho géometras de Europa, y yo no soy de estos ocho.»

Uno de nuestros contemporáneos ha escrito que Fontenelle « ha pasado por debajo del Sol sin ver el cielo, cerca de las mujeres sin abrir su corazón, ha visto la viña sin probar el racimo purpúreo, ha perdido ochenta años en adornar con cintas las verdades mas vulgares, en cultivar florecillas sin perfume, en deslumbrarse con esos fuegos artificiales de estilo que no dejan tras de sí mas que la sombra; en pesar, como ha dicho Voltaire, un chiste y un epigrama en balanzas de telas de araña; que fué un poeta sin alma, sin grandeza, sin sencillez, que no ha charlado sino para las marisabidillas de su tiempo... etc. (1). Para juzgarle directamente abramos su libro y leamos. La primera página nos dará ya la mejor muestra de su estilo y de su modo de filosofar; despues hojaremos, de manera que nos detengamos, segun convenga, en las páginas mas brillantes. Sus primeras palabras recuerdan un poco á Cyrano (2); pero ¿qué tiene de particular el que dos buenos talentos se encuentren llamando á la misma puerta?

« Una noche, despues de cenar, dice, fuimos á pasearnos al parque la marquesa y yo. Hacia un fresco delicioso, que nos recompensaba de un dia muy caluroso que habíamos sufrido. Haria una hora que habia salido la Luna, y sus rayos que no llegaban á nosotros sino por entre las ramas de los árboles, formaban una agradable mezcla de un blanco muy vivo con todo aquel verde que parecia negro. No habia una nube que robase ó que oscureciese la menor estrella; todas parecian de oro fino y resplandeciente, todavía mas realzadas por el fondo azul en que estaban fijas. Aquel espectáculo me hizo caer en meditaciones y tal vez, á no hallarse allí la marquesa, hubiese permanecido así mucho

(1) Houssaye, *Galerie du dix-huitième siècle*.

(2) Carlos Nodier ha escrito que « Fontenelle ha tomado los Mundos en el *Viaje á la Luna*, como Voltaire ha tomado de él *Micromegas*, y Swift los *Viajes de Gulliver*. » — Sin embargo, ¿basta que dos escritores coincidan, para que haya derecho de decir aquí que el segundo ha copiado ó imitado al primero?

tiempo; pero la presencia de una amable señora no me permitió entregarme del todo á la Luna y á las estrellas.

« — ¿No os parece, le dije, que el dia mismo no es tan bello como una hermosa noche?

» — Sí, me respondió ella, la belleza del dia es como una belleza rubia que tiene mas brillantez; pero la belleza de la noche es una belleza morena que es mas conmovedora. »

Entáblase sobre este motivo la galante conversacion, y ved aquí que poco á poco, la marquesa manifiesta un deseo vehemente de saber qué son las estrellas. Pero el narrador se hace rogar: « No, no quiero que me acusen de que en un bosque, á las diez de la noche hablé de filosofía á la persona mas amable que conozco. Buscad en otra parte á los filósofos. »

Sin embargo, el autor se hubiera visto muy contrariado si la graciosa interlocutora le hubiese cogido la palabra, porque, en el fondo, él era el que tenia mas deseo de enseñar la astronomía á su compañera. Y ved aquí por qué cede tan pronto á tan agradables instancias. Y en efecto, la conversacion se empeña sobre la astronomía, y no sobre la Pluralidad de Mundos; y, bajo este título, el libro de Fontenelle es el primer tratado de astronomía popular. Desgraciadamente, el autor es partidario del sistema de los torbellinos de Descartes contra Newton, á quien no conoce ni aun de nombre, y todas sus teorías se encuentran que pecan por su base, desde la explicacion del movimiento de la Tierra, llevada como un bajel al traves de los espacios, hasta la de la luz asimilada á un juego de pelotas elásticas.

El primer Mundo sobre que se dirigen las conjeturas relativas á la habitacion, es nuestra vecina la Luna. Para hacer mejor resaltar la posibilidad de su habitacion, Fontenelle la compara á San-Dionisio, visto desde lo alto de las torres de Nuestra-Señora de Paris. « Supongamos, dice, que no haya habido jamas comercio alguno entre Paris y San-Dionisio, y que un vecino de Paris, que nunca haya salido de su ciudad,

se halle en las torres de Nuestra-Señora y vea á San-Dionisio de léjos; se le preguntará si cree que San-Dionisio esté habitado, como Paris. Al momento responderá que no; porque dirá, veo bien á los habitantes de Paris, pero no veo á los de San-Dionisio: jamas se ha oido hablar de ellos. Habrá alguno que le hará presente que en verdad, cuando está en las torres de Nuestra-Señora, no se ven los habitantes de San-Dionisio, porque la distancia es la causa de ello; que todo lo que se puede ver de San-Dionisio se parece mucho á Paris, que San-Dionisio tiene campanarios, casas, murallas, y que podria muy bien tambien parecerse á Paris para estar habitado. Todo esto no haria gran mella á mi vecino; se obstinará siempre en sostener que San-Dionisio no está habitado puesto que allí no se ve á nadie. » Nuestro San-Dionisio es la Luna, y cada uno de nosotros es ese vecino de Paris que nunca ha salido del Sena.

La habitacion de la Luna se admite así poco á poco, sin trabajo; y cuando mas tarde le dice Fontenelle que tal vez la Luna no está habitada á causa de la poca densidad del aire, la marquesa se enfada seriamente. Entónces disertan sobre los fenómenos celestes, en particular sobre los eclipses, y se pregunta si los habitantes de la Luna no están espantados por estos fenómenos, como por mucho tiempo lo han estado los humanos. « No lo dudo en manera alguna, responde ingeniosamente el escritor. Quisiera yo saber por qué esos señores de la Luna habian de tener el ánimo mas fuerte que nosotros. ¿ Con qué derecho nos darian miedo, sin que nosotros se lo dieramos? Creo tambien, añade, que como un crecido número de hombres han sido bastante locos y todavía lo son para adorar á la Luna, hay gentes en la Luna que adoran tambien á la Tierra, y que nós prosternamos unos delante de otros. »

En cuanto á los hombres de los otros Mundos, Fontenelle, haciendo alusion, aquí y en su prólogo, á ciertas consecuencias teológicas que se pueden sacar de esta apelacion, afirma positivamente que no hay hombres sino en la Tierra. En otras partes los habitantes

no son hombres. Aunque haya aquí una insignificante cuestion de palabras, el filósofo considera un instante la cuestion bajo un punto de vista mas elevado. Nosotros no somos en el universo sino una pequeña familia, dice, cuyos rostros todos se asemejan; en otro planeta, hay otra familia cuyos rostros tienen otro aire. Aparentemente, las diferencias aumentan á medida que uno se aleja: « Y el que viese á un habitante de la Luna y á otro de la Tierra comprenderia que eran de dos mundos mas cercanos entre sí que un habitante de la Tierra y otro de Saturno. »

Este asunto es para Fontenelle motivo de hacer una ingeniosa historia de un mundo cuyo pueblo es casto y estéril, cuya reina sola es fecunda, pero de una fecundidad asombrosa. Madre de todo su pueblo, « produce millares de hijos; verdad es que tampoco hace otra cosa. » Es el mundo de las Abejas.

Pronto llegan á los planetas Vénus y Mercurio: « El elemento del primero de estos planetas es muy favorable á los amores. El pueblo bajo de Vénus no está compuesto mas que de celadones y de silvandros, y sus conversaciones mas comunes equivalen á las mas bellas de *Clelia* (1).

— Desde aquí veo ahora, interpela la marquesa, cómo están formados los habitantes de Vénus; se parecen á los Moros Granadinos: una plebe negra, tostada del Sol, llena de espíritu y de fuego, siempre amorosa, haciendo versos, gustando de la música, inventando todos los dias fiestas, danzas y torneos.

— Permitidme, señora, que os diga, replica Fontenelle, que no conocéis bien á los habitantes de Vénus. Nuestros Moros Granadinos no hubieran sido á su lado sino Lapones y Groenlandeses por la frialdad y por la estupidez. Pero ¿ qué será de los habitantes de Mercurio? Están dos veces mas cerca del Sol que nosotros. Preciso es que sean locos de puro vivos. Creo que no tienen memoria, como no la tienen la mayor

(1) Novela erótica de la señorita Escudery.

parte de los negros; que jamas hacen reflexiones sobre nada; que no obran sino á la ventura y por movimientos súbitos (1); y en fin que en Mercurio es donde están las casas de orates del universo. »

Fontenelle forma en seguida una conjetura que la observacion ha desmentido, y una asercion poco fundada. La primera es que el planeta debe girar muy de prisa, á fin de que el dia no sea largo; la segunda es que Vénus y la Tierra los alumbran por la noche. Pero la duracion del dia en Mercurio es 1^a 5' 28", 9 minutos mas larga que la del dia terrestre; y el brillo de Vénus y de la Tierra no esparce sino una luz insignificante sobre las noches de Mercurio.

El brillante narrador ha cometido un error de otro género respecto á la visibilidad de la Tierra para los habitantes de Júpiter « durante las noches de este planeta. » Desde el Mundo joviano no se puede ver el nuestro sino bajo el aspecto de una estrella pequeña cercana al Sol, manifestándose un poco ántes de su salida, ó un poco despues de su ocaso.

El Sol no es habitable, y, en todo caso, sus habitan-

(1) Fontenelle hubiera tenido distinta opinion sobre las facultades intelectuales de los negros, si hubiese leído una obra que se publicó en frances en 1808 por M. Fr. Gregoire. Su título es : « De la literatura de los negros, ó investigaciones sobre sus facultades intelectuales, sus cualidades morales y su literatura; seguidas de noticias sobre la vida y las obras de los negros que se han distinguido en las ciencias, las letras y las artes. »

El objeto de esta obra es demostrar que la teoría del doctor Gall sobre las facultades intelectuales de los negros es del todo falsa: que estos son susceptibles de educacion, de producir los mismos resultados que se obtienen de la instruccion de los blancos: demuestra que la esclavitud no puede dar mas que ignorancia y estupidez; que mientras los negros estén en un estado tan humillante, no serán capaces de otra cosa. Esta obra respira el verdadero amor á la humanidad: pulveriza ese infame derecho que se han tomado los fieros europeos sobre una raza que no tiene la dicha de ser blanca: apoya sus aserciones con los testimonios de todos los hombres imparciales, y echa en cara á las naciones cristianas que respecto á los negros hayan fulminado decretos y sancionado pactos que en un dia serán la vergüenza del género humano.

(El Trad.)

tes serian ciegos de nacimiento. Lo cual, es lástima, se añade, porque la habitacion seria excelente. ¿ No es esto lamentable? No hay en el mundo mas que un lugar en donde el estudio de los astros pueda ser sumamente fácil, y precisamente en este lugar no hay nadie.

Llegado al mundo de Júpiter, el ingenioso narrador piensa que la ventaja á que pueden aspirar mas racionalmente los habitantes de este astro respecto de los de sus satélites, es meterles miedo. En la luna, que es la mas próxima, dice, los habitantes de ella ven el planeta mil y seiscientas veces mayor que á nosotros nos parece nuestra Luna. ¡ Qué monstruoso planeta suspendido sobre sus cabezas! Y en verdad que, si los Galos temian antiguamente que el cielo cayese sobre ellos y los aplastase, los habitantes de esta luna tendrian mayor motivo de temer una caída de Júpiter.

El órden y la armonía de los cuerpos celestes es una causa de admiracion para la marquesa, especialmente respecto á las causas finales; pero le descontenta el no encontrar en Marte la menor luna, aunque este planeta esté mas lejos del Sol, que la Tierra. Su sabio interlocutor quiere consolarla. No es posible ocultárselo, dice, Marte no tiene luna; pero es preciso que tenga para sus noches recursos que no sabemos. Habeis visto fósforos de esas materias líquidas ó secas, que, al recibir la luz del Sol, se empapan y penetran de ella, y luego despiden mayor brillo en la oscuridad. Quién sabe si hay rocas muy elevadas, que son fósforos naturales, y que toman durante el dia una provision de luz que esparcen durante la noche. Convendreis en que seria un espectáculo bastante agradable ver todas esas rocas encenderse por todas partes, despues de puesto el Sol, y formar sin arte alguno iluminaciones magníficas que no podrian incomodar por su calor. Tambien sabeis que hay en América insectos voladores tan luminosos en las tinieblas que pueden servirse de ellos para leer. ¿ Quién nos dice que Marte no tiene un gran número de estos insectos, que al llegar la noche, se dispersan por todas partes y van á esparcir una luz nueva?

Ya estamos viendo que no faltan á Fontenelle, ni el

ingenio ni el talento de invencion. No obstante, á pesar de la buena voluntad de la marquesa, ya dócil y de excelente humor, él no se atreve á asegurar que haya habitantes en el anillo de Saturno; este anillo le parece una habitacion demasiado irregular. En cuanto á los del planeta, « las gentes de Saturno, dice, son bastante miserables, aún con el Auxilio del anillo. Les da luz, pero qué luz! El Sol mismo no es para ellos sino una pequeña estrella blanca y pálida. Si los pusieseis en nuestros países mas frios, en la Groenlandia ó en la Laponia, los veriais sudar la gota tan gorda y espirar de calor. Si tuviesen agua, no seria agua para ellos, sino una piedra bruñida, un mármol; y el espíritu de vino que aquí nunca se hiela, seria duro como nuestros diamantes. »

— Me dais una idea de Saturno que me hiela, dijo la marquesa, así como me habeis sofocado de calor hablándome de Mercurio.

— Preciso es que los dos mundos que están en los extremos de este gran torbellino sean opuestos en todas las cosas.

— Entónces, repuso ella, serán muy cuerdos los que viven en Saturno; porque me habeis dicho que todo el mundo estaba loco en Mercurio.

— Si no son muy cuerdos en Saturno, respondió el observador, por lo ménos, segun todas las apariencias, son bastante flemáticos. Son gentes que no saben lo que es reir, que se toman siempre un dia para responder á la menor pregunta que se les hace, y que hubieran juzgado á Caton de Utica sobrado jocos y retozon.

Así quedaron poblados los planetas de nuestro torbellino; el talento brillaba y pasaba de una á otra conversacion, y las cuatro primeras noches se pasaron sin echarlo de ver. Cuando llegaron á tratar de las estrellas fijas, nuestros dos filósofos se ocupaban en este asunto la quinta noche, y hablaron con mas gusto cada vez. « La marquesa tenia verdadera impaciencia por saber lo que son las estrellas fijas. — ¿Estarán habitadas como los planetas, me dijo, ó no lo estarán? En

fin, ¿qué haremos de ellas? — Tal vez lo adivinaríais si tuvieseis bastante deseo, respondí yo. Las estrellas fijas no distan de la Tierra ménos de 27,660 veces la distancia de esta al Sol, que es de 38,000,000 de leguas; y si molestáseis á un astrónomo, aún las pondria mas léjos... »

No hay necesidad de molestar á astrónomo ninguno para alejar á las estrellas mucho mas allá de esta distancia; puesto que la mas cercana (α del Centauro) dista de nosotros 226,000 veces mas que el Sol, en vez de 27,600. Por lo cual Fontenelle estaba léjos de conocer la grandeza de la Via Láctea y la inmensa extension ocupada por los soles que la componen, cuando escribia que « los pequeños torbellinos y las vias lácteas están tan apiñadas, que me parece que de un Mundo á otro se podría hablar, ó aún darse la mano; por lo ménos yo creo que las aves de un Mundo pasan fácilmente á otro, y que allí pueden enseñarse palomas á llevar cartas, como las llevan aquí, en Levante, de una ciudad á otra. »

Pero lo que interesa mas todavía á la curiosa marquesa, son los habitantes de los cometas viajeros. El profesor se duele del régimen de estos habitantes; la discípula, al contrario, los envidia. « Nada es tan divertido, dice ella, como cambiar así de torbellinos. Nosotros, que nunca salimos del nuestro, llevamos una vida bastante enojosa. Si los habitantes de un cometa tienen suficiente talento para prever el tiempo de su paso en nuestro Mundo, los que ya han hecho el viaje anuncian á los otros de antemano lo que verán allí. » Bien pronto descubrireis, dirán, un planeta que tiene un grande anillo á su alrededor, dicen tal vez hablando de Saturno. Vereis otro que tiene otros cuatro pequeños que le siguen. Puede que haya tambien gente destinada á observar el momento en que entran en nuestro Mundo y que gritan al punto: ¡ *Nuevo Sol!* ¡ *nuevo Sol!* como los marineros que gritan: ¡ *Tierra!* ¡ *tierra!*

Sin contradiccion, no se ha escrito sobre nuestro asunto tratado mas divertido, y este merecia el mejor éxito entre todos. Los hechos mas pequeños sirven por

decirlo así, de tela para preciosos bordados. En la última noche, por ejemplo (conversacion suplementaria), á propósito de los cambios ocurridos en la Luna, en Júpiter, entre las estrellas, cuenta el autor de este modo la historia de una variacion de aspecto, observada en una montaña de la Luna. « Todo está en perpetuo trastorno, y por consiguiente todo cambia; no hay cosa alguna, inclusa cierta señorita que se la vió en la Luna por medio de anteojos, habrá unos cuarenta años, que no haya envejecido considerablemente. La niña tenía un rostro muy lindo; pues bien, sus mejillas se han hundido, se le ha prolongado la nariz, la frente y la barba las tiene salientes, de manera que todas sus gracias han desaparecido, y aún se teme por sus dias. »

— ¿Qué me contais? interrumpió la marquesa.

— No es broma, replica el autor. Distinguíase en la Luna una especie de rostro de mujer que salia de entre las rocas, y ha ocurrido un cambio en aquel sitio. Han caido algunos pedazos de montañas, y han dejado al descubierto tres puntas que no pueden servir mas que para componer una frente, una nariz y una barba de vieja.

— ¿No parece, dice ella, que haya un destino maligno que odia particularmente á la belleza? Precisamente ha sido á esta cabeza de señorita á quien ha ido á atacar en toda la Luna.

— Acaso en cambio, termina el escritor, las transformaciones que ocurren en la Tierra embellecen algunos rostros que las gentes de la Luna ven allí: quiero decir algunos rostros á la manera de la Luna; porque cada cual traslada á los objetos las ideas de que está poseido. Nuestros astrónomos ven en la Luna rostros de señoritas; y si fueran mujeres las que observasen, es posible que viesen bellos rostros de hombres. En cuanto á mí, señora, no sé si os veria allí. »

En verdad, lo repetimos por la última vez, no se puede tratar con mas talento un asunto que solo se quiere tocar ligeramente sin profundizar lo que puede tener de grave y de verdaderamente útil. Fontenelle es enteramente hijo de su época. Pero ¿diremos por

esto que la verdad científica y filosófica tenga buenos atractivos y ménos poesia? No; los tiempos han cambiado, y hoy podemos afirmarlo; por mas que hagamos, cualesquiera que sean los recursos de nuestra imaginacion, nunca encontraremos en la novela tanta belleza, tanta riqueza, tanta magnificencia como en la realidad natural, despojada de todos los vanos adornos, y contemplada en su pureza desnuda y sin velos.

Sin embargo la ficcion seguirá mucho tiempo entre los hombres. Veamos ahora como intermedio un nuevo viaje al cielo, el *Viaje del Mundo de Descartes*, por el P. Daniel (1). ¿Es una historia seria ó jocosa? preguntado al autor.

El P. Daniel tenía por amigo, hácia fines del siglo decimoséptimo, á un buen anciano, antiguo confidente de Descartes y entregado de corazon al cartesianismo. Entre los descubrimientos psicológicos del ilustre autor de la *Teoría de los Torbellinos*, se encontraba en primera línea el secreto de la union del alma y del cuerpo en la glándula pineal, y tambien el secreto de su separacion. Así es que Descartes se habia servido algunas veces de este secreto maravilloso para viajar al cielo durante muchas noches consecutivas dejando su cuerpo dormido. Habia revelado este secreto á sus íntimos amigos, especialmente al P. Mersenne y al anciano de que hablamos. Por lo cual, despues de la muerte del filósofo, este anciano iba á menudo á visitarle al cielo.

Generalmente se ignora la verdad de la muerte de Descartes; y aún se ignoraria siempre si nuestro historiador no la hubiese relatado para edificacion de la posteridad. Tres ó cuatro meses despues de su llegada á Suecia, adonde la reina Cristina le habia hecho ir, el sabio filósofo fué acometido, en medio del invierno, de una inflamacion pulmonar. Durante esta dolencia, que hubiera podido no tener consecuencias graves, hizo un

(1) El autor de la *Histoire de France*. La primera edicion de su *Viaje* es de 1692.

viaje al espacio, como lo tenia por costumbre de vez en cuando; pero ved aquí que su alma de tal manera se interesó en sus estudios cósmicos, que estuvo muchos dias sin pensar en su cuerpo. Resultó que los médicos declararon en gran peligro el estado del cuerpo, en atencion á que á todas las preguntas, este cuerpo, por un movimiento maquinal, respondia solamente por costumbre, que se encontraba muy mal, y parecia un autómeta de donde se hubiese retirado el pensamiento. En este estado de gravedad, se le aplicaron ventosas y otros remedios violentos que lo debilitaron hasta el punto de llegar á ser cadáver é incapaz ya de servir para las funciones vitales. El alma de Descartes no sospechaba estos pormenores, y á su vuelta, reconoció con disgusto la invalidez de su cuerpo, y debió resolverse á no volver á entrar en él. Volvióse al tercer cielo al que tenia aficion particular, es decir al espacio *indefinido* que ella habia creado mas allá de los cielos estrellados; y como en estos espacios lejanos la materia se encuentra todavía en el estado caótico, resolvió dirigirla segun los principios de la teoría de los Torbellinos y formar allí un Mundo.

El P. Daniel aprendió del anciano el secreto de despojarse del cuerpo y de viajar libremente en el espacio, y cierta noche que estaba la Luna llena, y brillaban las estrellas en el cielo despejado, partieron juntos, acompañados del P. Mersenne, quien por entónces hacia ya mucho que se habia despedido de su cuerpo. Antes de dejar la Tierra, confirman, por medio de observaciones, el mérito de la física de Descartes sobre la esencia de la materia, las trasformaciones del movimiento, la eternidad de las cosas; conversaciones muy largas de reproducir, pero que, parece, no duraban mas que un instante, porque el lenguaje de los espíritus es de una rapidez y de una concision incomparables. En fin, dice el autor, nos dirigimos hácia el globo de la Luna. Mi alma sintió un placer inconcebible en elevarse así á los aires y vagar en estos vastos espacios que no podia recorrer sino con los ojos cuando estaba unida á su cuerpo.

Este placer me hacia recordar el que habia gustado algunas veces durmiendo, cuando me imaginaba en sueños marchar á grandes pasos por el aire sin tocar en la tierra. En el camino nos encontramos, añade el narrador, una infinidad de almas de todas naciones, y aun de los Lapones y de los Finlandeses, de los Brachmanes, y entónces me acordé de que en efecto habia leído en diferentes libros que el secreto de la separacion del alma del cuerpo era conocido entre estos pueblos. Pero á unas cincuenta leguas de este planeta, hay una region muy habitada, sobre todo de filósofos la mayor parte estóicos. Y desde aquel sitio hasta mi salida del globo de la Luna, encontré con que desmentir la historia sobre el capítulo de una infinidad de personas que suponen estar muertas, aunque ellas no estén mas muertas que M. Descartes.

La Luna tiene una atmósfera de cerca de tres leguas de altura. Estando los viajeros próximos á entrar en ella, vieron á lo léjos tres almas que departian juntas muy seriamente. Por el respeto que les demostraban muchas de las que las acompañaban, juzgaron que eran almas de importancia. En efecto, habiéndose informado, supieron que eran Sócrates, Platon y Aristóteles que se habian citado para aquel lugar para un asunto de interes comun: hacer levantar sus estatuas destruidas á consecuencia de las guerras de los Turcos contra Venecia. Aquellos tres hombres no habian muerto á la manera del vulgo. Sócrates, en el momento que vió resuelta su pérdida, habia ordenado á su espíritu familiar que le reemplazase en su cuerpo y demostrase presencia de ánimo hasta el fin, mientras él partiria para un gran viaje por los Mundos. Aristóteles habia dejado su cuerpo sobre la costa del Euripo, y los biógrafos habian deducido de aquí que se habia arrojado al abismo y que el reflujo lo habia sacado de allí.

Cada cual ha podido notar en los mapas de la Luna que los nombres dados á las diferentes comarcas, generalmente están tomados en la historia. Por eso hay el monte Copérnico, el monte Tycho, el Leibnitz, &c. Pero sucede, por una coincidencia maravillosa, que los hom-